DEL BIG BANG NO HAY RETORNO POSIBLE

Ana Claudia Martínez

Capítulo 1

- ¿Te acordás cuando nos surtimos de lamparitas? Las… ¿milhoras? Sí, ahí va, así le llaman. Me acuerdo porque se me vino la imagen de la torta, la milhojas, pero hecha de pedacitos de vidrio y llena de luz – aún le acariciaba la mano, en esos escasos momentos que compartían al mirar una película, por supuesto, pirateada, de internet.
- No entiendo cómo se te vienen esas imágenes locas a la cabeza. Y ni me hables de las lamparitas que ya estoy hastiado de que se sigan quemando – retiró la mano, brusco, para rascarse la barba de días sin afeitar, más por desgano que por hipster.
- La única que funciona es la del baño, ¿no? Pero no da para quemarse tanto. ¿No te diste cuenta que prescindimos lo más bien de ellas? La verdad que me he ido adaptando al cambio. Para ponerme el piyama me voy con la linterna del celu y listo – la veta camaléonica era un rasgo poderosísimo en su trabajo como ilustradora pero en la convivencia rozaba la indiferencia y abandono.
- Es que no entiendo por qué no querés comprar de las comunes, ¿qué tanta historia con las milhoras? – ya no apoyaba la mano sobre el sillón, lleno de migas y pelos de perro, sino que, quizá, cobarde ella, buscaba refugio en el bolsillo derecho.
- Decime una cosa – le miró fijo a los ojos, con una ceja disparada, desafiante, mientras ponía pausa a la historia que nacía en la compu - ¿vos creés que el amor soporta la baja densidad? ¿O tiene que ser todo a 220 watts? – se deshizo la colita de un tirón porque las ideas constreñidas le pulsaba en las sienes.
Emulando el eterno estado de stand by del equipo de audio – que aún no entendía por qué no lo prendían ni apagaban – quedó suspendido en una respuesta, que bien podría ser el silencio. En milésimas de segundo tenía el superpoder de comprender que Lourdes podría tomar como un ataque cualquier tipo de respuesta. Si decía que sí ella de inmediato le caería con unas teorías increíbles que rebatieran su afirmación. Pero si decía que no, entonces, en un complejo modo de dar vuelta toda hipótesis posible, sostenía el punto contrario.
Tres años y medio de convivencia, siete lamparitas "milhoras", de las que solo una se mantenía viva, para seguir en el mismo sitio que al inicio: del big-bang no hay retorno posible.
Lourdes estalla de a poquito. En breves dosis, minúsculas, dispara fragmentos de vidrio hiriente que no se sabe cómo te rasga por dentro. Su particular forma de desarmar lo que estaba contenido, sin que él lo supiese, era con una pregunta que uno podría pensar de lo más anodina. Es decir - a ver, concentrate Patricio, vos podés encontrar la respuesta correcta, no es tan difícil, aprobaste física, química y no sé… ¿matemáticas tendrá que ver con esto? – Baja o alta densidad. Baja o alta densidad.
- ¿Y? ¿Para cuándo? No es tan complicada la pregunta. ¿Soporta o no

soporta? – apuró el último trago de vino en el vaso y dobló en varios cuadrados irregulares la caja vacía de la pizza.
- Pará, Lu, no me apures porque me suena a que – de ninguna manera podía decirle que él estaba seguro de que no le preguntaba por las lamparitas, ni la densidad, electricidad, en fin… que en realidad le cuestionaba sobre el amor, esa era la palabra clave y, si Lu le interroga sobre el amor le está cuestionando la relación entre ellos dos – quiero responderte con todo mi corazón.
- Mmm… con todo tu corazón… – le miraba la mano oculta en el bolsillo, y sentía la ausencia en su propia palma que ahora sostenía el vaso que pondría en la pileta llena de ollas y platos sucios – Bueno, aprovechá en este ratito que te quedás a oscuras, vos solito, que me voy a iluminar un rato al baño.
No podía ser que otra vez se encontrara ahí, en ese bendito lugar, una vez más, en una encrucijada. No sabía si podría seguir tolerando este tipo de sucesos. No, sucesos no, insucesos. Aparte de que la cuestión se le metía en los sesos haciendo que se le formara una pasta opresiva, en sí, era un extraño giro en los acontecimientos que siempre le dejaba al borde del abismo. Es algo que acaece, algo no previsto. Como el meteorito que despertó a los dinosaurios, un domingo como cualquier otro, y ¡zas!, donde había luz y tranquilidad, de un momento para otro, ¡bum!, apagón total. Muerte sin explicación. Ni antes ni después. Solo un evento impredecible que, sin historia ni futuro, les arrebató el presente sin que se dieran cuenta cómo se había gestado.
¡Y el reloj estaba descontando!
No solo los segundos pasaban, las milésimas eran más grandes que los propios segundos. Era un borbollón de sonidos – tic, tac, tic, tac – frenético que le golpeteaba el cerebro porque Lu saldría del baño, único lugar que aún tenía luz, y le exigiría una respuesta iluminada. Estaba seguro que no hablaba de las lamparitas ni la intensidad de esas porquerías. Le exigía una respuesta que su vida entera dependía de ello. No su vida en cuanto a las palpitaciones de su corazón, la sinapsis entre las neuronas, o las mitocondrias convirtiendo la grasa en combustible. Esa vida no. Pero la vida entre ambos, la de la relación, la de ese amor que ella dejó traslucir de manera velada, en esa pregunta de putas lamparitas, sí que estaba bajo riesgo de un inminente apagón.
La puerta del baño se abrió.
Escuchó el sonido tenebroso, en la oscuridad absoluta del living sin rastros de comida, alcohol o manos que se rozaran, de las bisagras gritando, desgarradas, por la falta de aceite.
El silencio. La oscuridad. El equipo de audio en stan by. La película en pausa. Los vasos, sucios y vacíos, en la cocina. Lu esperando una respuesta. Sin antes ni después. El insuceso.
Pobres los dinosaurios. Nunca hubo esperanza para ellos.
Tampoco para la última lamparita, esa que sintió explotar, tras el click de Lu, mientras abandonaba el último lugar con esperanzas de salvación de

la casa.